

# *El reflejo de la intemperie*

*Seudónimo: Atahorma*

*Categoría Adulto*

*“Volver, pasados los años, / hacia la felicidad  
- para verse y recordar / que yo también he cambiado”*

*Jaime Gil de Biedma*

Unos sesenta y cinco años. Esa era su edad, no había más que contemplar, con atención y muy despacio, aquellas líneas tatuadas en su cara. Unas líneas que eran el espejo de la intemperie, el retrato dibujado por el tiempo, el reflejo fiel de cómo la vida había tratado su cuerpo.

Leonor se sentó a su lado. Y como el silencio pareció interponerse entre ellos, la mujer comenzó a hablarle con una voz íntima, casi inaudible, solapada, tal vez, con la cercana plática de los estorninos que surgía por entre los fresnos del arroyo. Sus palabras se mecían sobre la escarcha de aquel atardecer del principio del invierno y parecían acariciar la recia piel de su acompañante. Palabras que no eran sino historias de amores frustrados y abismos sentimentales, la mujer nunca tuvo suerte con los hombres. Todos intentaron engañarla. Todos utilizaron galanterías y embustes para llenar de dineros sus talegas a cambio de promesas imposibles y paraísos siempre en blanco y negro. Paraísos grises, desvaídos. Todos intentaron embaucarla con susurros melosos al anochecer, con aquellas copas de un vino que al final se trocaba siempre en vinagre. Todos se aprovecharon de su bondad para luego abandonarla en esa perplejidad que solo alumbran las almas cándidas.

Leonor deslizó sus dedos blancos por aquella piel apretada de estrías. Una piel que, debido a la luz sesgada de un sol frío y casi entregado al crepúsculo, parecía refulgir de miel, o de ámbar, o de guirlache. Continuó hablándole, despacio, tenía todo el tiempo a su lado y, además, la luna en cuarto creciente no tardaría en frotar sobre ellos el albayalde tenue de su luz.

Él parecía ser su único amigo. Y así, en aquel rodal de intimidad, la mujer le confesó una idea meditada durante meses y juzgada al fin por su conciencia como necesaria, sanadora, casi catártica. Era como si precisara de su consejo para que aquel convencimiento pudiera convertirse en realidad. Leonor quería abandonar la ciudad, aquel trampantojo de asfalto, el enredo de las circunvalaciones, gasolineras, rotondas y vías de servicio, el decorado de los almacenes, aparcamientos, talleres y edificios de más de treinta plantas, el escenario de las fábricas apelmazadas en polígonos industriales. Quería abandonar aquel lugar saturado de ruido, descampados y humaredas para retornar mañana mismo al pueblo, sí, pasaría la Navidad con sus padres, acudiría a sus orígenes campesinos, a sus raíces de entresijos rurales, asilvestrados, al solar de sus ancestros, al mismo pueblo que acogió la vida y la muerte de sus abuelos y de algunos de sus tíos, seres lejanos todos, difuminados, tal vez, en viejas fotografías de color sepia que subsistían, lejanas, en los recodos deslavazados de la memoria y, quizá, en el fondo de esas arcas que se arrumban en sótanos, cámaras y desvanes. Debía hacerlo cuanto antes, ya no aguantaba más el artificio de los centros comerciales, esos engendros vertebrados por escaleras mecánicas, erigidos en altares de hormigón, aluminio y cristales tintados. Engendros erigidos en altares vanos que alienaban las almas de los mortales.

Leonor, antes de hacer tangible su voluntad y marcharse al pueblo, había acudido, quizá por última vez, a aquel parque del extrarradio para hablar con él, para declararle incertidumbres, sueños y certezas, para que sus palabras buscaran el desahogo del crepúsculo y se fundieran con la plática de los estorninos, allí, muy cerca, entre los fresnos de la ribera. La mujer había acudido a aquel parque del extrarradio para despedirse de su piel tatuada de estrías, de aquella cara que reflejaba, con la misma brillante tenacidad de un espejo, los afanes del tiempo, y de la intemperie, y de la edad. La premura de una vida ya marchita.

Leonor se despidió de él, pero lo hizo en silencio, sin susurros ni palabras íntimas, solo con el pensamiento, gracias, amigo, jamás te olvidaré. Y mientras la mujer se alejaba, lentamente, el viento del norte pastoreaba las nubes en el rastrojo aún azul del cielo, permitiendo que la luna en cuarto creciente lo tiñera, despacio, de gris pálido y de amarillo. Pasaron unos instantes, tres, cuatro minutos, quizá alguno más hasta que esa misma luna rozó de albayalde los senderos del parque. De súbito, de la piel de él, de aquella piel acariciada por la luz de la luna, tatuada de estrías, de esas líneas apretadas y concéntricas que desvelaban los rigores atesorados durante sus sesenta y cinco años de edad, surgieron algunas lágrimas lentas, como destellos de agua, o de cristal, o de salitre. Lágrimas que no eran sino gotas de savia que rezumaban de la piel de aquel tocón de nogal. Un nogal que, si no hubiera sido talado en primavera para evitar que su frondosidad interfiriera en un condenado tendido eléctrico, muy pronto, después del día de Navidad, hubiera, quizá, cumplido los sesenta y seis.